

LA UNIVERSIDAD Y EL MEDIO EN LA ARGENTINA

La alta representación que me ha sido conferida por la Universidad de Buenos Aires, y por su ilustre Rector el Dr. Vicente C. Gallo, para los actos solemnes de la celebración de medio siglo de la del Litoral, así como la honrosa invitación que me fuera formulada por esta Universidad y su Asociación del Profesorado, para concurrir a dichas fiestas, tienen para quien habla un significado muy especial. Y lo tienen porque originan en mí un orgullo muy hondo; pues soy como un modesto obrero que, pasados los años, se detiene un día a contemplar, de paso, la magnífica perspectiva de un palacio en cuya construcción ha colaborado.

Y lo tienen, también, porque, aunque no pienso con el filósofo que el tiempo es juez tardío, debo aceptar, eso sí, que las obras realizadas con amor, buscan, si no la poseen, la perennidad del acero.

Una Universidad, un centro de estudios, no nacen por generación espontánea y no es su creación el resultado de un capricho de gobernante.

Su existencia en nuestro país, como en cualquier otro, es el resultado de la conjunción de factores geográficos, políticos, sociales, económicos y demográficos, movidos todos por un nervio común.

Salta acá, ya, la palabra cultura, para explicarnos las razones por qué una región determinada de la República requiere la erección de una alta casa de estudios, que atienda, al mismo tiempo, a la preparación técnica de su elemento humano y a la formación de un núcleo espiritual, que lleve la vida a un standard más elevado.

Así lo entendió y lo exigió Santa Fe, y por derecho propio e inalienable, impuso, hace cincuenta años, la universidad provincial, cuyos frutos diéronle razón plena de existir.

Más tarde, llegada a la mayoría de edad, y vigorizada por iguales aspiraciones de sus hermanas, Entre Ríos y Corrientes, y sobre la base de los institutos en funciones en cada una de ellas, elevó su rango, trocándose en Universidad Nacional.

La transformación de la universidad provincial en nacional, fué, sin duda, un fenómeno significativo en nuestra evolución intelectual, ya que exteriorizaba una posición avanzada en el intento de buscar un contacto más hondo y efectivo con el medio y la realidad del país.

No me corresponde hoy, aunque me sería muy agradable hacerlo, reseñar hasta qué punto ambos factores, medio argentino y universidad, se compenetraron e influenciaron mutua y recíprocamente; ha de llegar pronto el historiador comprensivo que dé panorama y gravitación a los sucesos; pero, para hacerlo debidamente, será preciso que primero y como preparación inexcusable, se defina cuáles han de ser, al menos teóricamente, las relaciones de la universidad y su medio.

Antes que nada, digamos que es absolutamente imposible definir, qué debe entenderse por universidad, sin considerarla en función del medio en que se desenvuelve; existe el hábito trivial de adjudicar a la Universidad, responsabilidades y funciones de patronazgo intelectual, como si le correspondiera por finalidad exclusiva y autónoma. Nada más erróneo; basta asomarse a la historia de la enseñanza en otros países y en el nuestro, para observar cómo naciones de organización uni-

versitaria deficiente, han obtenido de ella beneficios cuantiosos para su cultura y cómo, en contrapuesta vicisitud, universidades de planeamiento perfecto han fracasado totalmente, a pesar de su dotación de grandes maestros, contratados en mérito a su sabiduría pero trasplantados a un medio inapto para su desarrollo y florecimiento. No cabe, entonces, sin fundamental error de implantación, pedir a la universidad lo que el ambiente no le permite dar y sin aceptar antes, que el medio tome también serias e ineludibles obligaciones para con ella.

A analizar dichos problemas entre nosotros, dedicaremos estas consideraciones.

No nos fatiguemos en discutir cuales han de ser específicamente las funciones de la universidad, ya que asunto tan discutible nos llevaría muy lejos de nuestro propósito. Aceptemos, sin temor a errar mucho, que le están asignadas tres funciones esenciales, ornamentables con todas las accesorias que se quiera y pueda.

Son fines de la universidad: la enseñanza; la investigación y la cultura. Así enunciadas, estas palabras aparecen grandes e imponentes como montañas dialécticas; no nos dejemos apabullar por su importante aspecto y enfrentemos su más descarnada médula.

Está fuera de duda que la primordial preocupación universitaria es la enseñanza; es decir, la formación de profesionales, mediante la trasmisión de las nociones actuales y aceptadas de la ciencia. Creemos que, a pesar de que una apreciación cientificista ha querido reprochar a las universidades esta actividad, como de un contenido un tanto sanchezeo, ella constituye y ha constituido, luego de la Edad Media, su fin normativo y fundamental.

Creemos, también, que para ello, no es necesario que sus enseñantes sean "creadores" de ciencia; basta que sean trasmisores eficaces, escrupulosos y al día en la materia que imparten.

Pero, ¿es que ese plan pragmático e inmediatista puede mantenerse por sí sólo? De ningún modo; la ciencia varía a cada instante, se modifica, se rectifica, se amplía y aún amputa de sí ramas que, florecientes una vez, se han mostrado luego inútiles por reemplazadas por otras más fructíferas y sólidas.

Debajo de la ciencia enseñada ha de mantener la universidad una ciencia vivida, una actividad de investigación al día, que vigile de cerca, riegue y abone a la ciencia enseñada.

Iríamos muy lejos si pretendiéramos considerar hasta qué punto deben ser diferenciados los docentes y los investigadores y cuáles y cuántas deben ser o no ser las interferencias de sus metodologías; quede apenas esbozado el problema, y sí, sólo, bien afirmado, que son funciones diversas en práctica y en esencia, pero no siempre incompatibles; puesto que mientras la ciencia enseñada ha de constituir un ciclo mental neto, explícito y técnico de corte "clásico" actualizado, la ciencia investigada, la ciencia creada, ha de proceder sin apuros, sin pausas y sin plazos, mediante un constante planteamiento de incógnitas, en tanto que la otra vivirá gracias a una permanente formulación de respuestas.

Así perfilados ambos menesteres, ¿será bastante que una universidad, para serlo, enseñe bien e investigue seriamente? No, puesto que al fin y al cabo son esas actividades, por teóricas, un tanto deshumanizadas, ya que pueden cumplirse un poco a espaldas de la vida y de la realidad.

Una escuela así, será una escuela, o un instituto, pero no será una universidad porque permanecerá, a despecho de todos sus esfuerzos de "extensión", aislada de su hora y de su medio.

Es que la universidad debe, además de todo ello, para ser y existir por sí misma, cumplir otra función capital: *la enseñanza de la cultura.*

La frase parece un recurso de grandilocuencia; apresurémonos a despojarla de implicancias y suposiciones y defi-

namos la cultura como el sistema vital de ideas que sitúa al hombre en su época. Dicho de otro modo, la cultura es el panorama mental dentro del que ha de moverse la inteligencia.

Obsérvese bien que hemos dicho que se trata de un sistema y no de un repertorio, queriendo expresar que vale por su armonización más que por su contenido.

La cultura de Aristóteles estaba formada por nociones que posee hoy un escolar primario; sin embargo era cultura porque establecía dentro de un ajuste convencional, pero fijo y útil, la posición mental del hombre de su tiempo, del ser en su mundo, entendiendo por tal, los integrantes físicos, biológicos, históricos, sociológicos y filosóficos de "su" universo.

Queda dicho, así, que no se adquiere la cultura estudiando mucho y a fondo una materia: ello puede producir un sabio; ni poseyendo múltiples nociones: ello puede ser erudición; ni conociendo numerosos hechos, teorías e ideas: ello suele ser información, mentalidad de fichero; sino alcanzando el sistema total de "concepciones" de una época.

No quiere ésto decir que ha de saberse por menudo todo lo que cada una de esas concepciones contiene como adquisición científica, será suficiente con que se alcance lo que ellas pretenden como meridianos y paralelos de un estado intelectual, pero, naturalmente, sobre la base imperativa de una sólida preparación humanística y filosófica.

Si no se tiene esa cultura se es incompleto, aunque se sea un sabio en una o en varias ramas de la ciencia, y se lo es porque se permanece desconectado del medio, sólo ante la humanidad, frío ante el hombre, suprema y única meta real del conocimiento cultural.

En tanto no se alcance ese mínimo nivel de cultura, si se quiere, de pensamiento basal, poco o nada se sabe de "su tiempo" y de "su país", aunque se descubra un planeta nue-

vo o se invente otra dimensión, y sucede, así simplemente, porque se está fuera de lugar, “desplazado” del medio en que se actúa.

En definitiva entonces, además de enseñar y de investigar, la función genérica de la actividad universitaria es situar al hombre en su época y en su medio. Tanto importa esto, que, de no realizarse, las demás actividades se cumplirán taradas por una carencia congénita, y se llegará a creer, como se supone a menudo, que sólo se investiga en el laboratorio, con probetas y matraces, porque la limitación “incultural” del panorama, impide comprender que el escenario de la investigación pura, es tan amplio como la vida misma en toda su extensión telúrica, sociológica y espiritual.



¿Cuál es, pues, la función primordial de una universidad argentina? Como consecuencia de su sentido cultural, dar, a quien la frecuente, una sistemática y sistematizada comprensión de lo nuestro; procurar para el alumno una “ubicación” mental ante *nuestra* vida, a fin de que los universitarios puedan tomar, con pleno conocimiento de causa, una posición en la propia patria; y nótese bien que digo una posición, en su sentido fisiológico de participación total del cuerpo, y no una postura, actitud provisional y fragmentaria, que es lo que generalmente se adopta cuando se cree haber elegido una posición.

Solo puede considerarse universitario quien recoja, de su paso por la universidad, una categoría cultural: quien no la posea sólo será un profesional, un técnico, un erudito o un sabio.

No se limita a ésto su función cultural; que además de comprensiva ha de ser integrativa de la personalidad del pensamiento; una universidad no puede ser un conjunto de escuelas yuxtapuestas que coexistan sin coincidir; la suma de

sus hombres ha de ser siquiera desiderativamente el hombre cabal, el ente de cultura que perseguimos.

Releo ahora mi clase de apertura (*)

“La Universidad desarrolla todas las especialidades, pero no puede fragmentarse en esas disciplinas parciales, porque no es posible comprender al hombre, ni elaborar una cultura viva en fragmentos aislados.

“Es menester pues, que sus especialidades se encuentren sometidas a aquel principio de unidad, logrando, así, una relación efectiva entre las modalidades del saber de cada profesión y del desarrollo de los valores substanciales del hombre.

“Esta idea, y no otra, impulsóme a crear la Academia de esta Universidad del Litoral, con las particularidades que la caracterizaban, donde hombres diversamente especializados debieron unirse para funciones cuya esencia quedó fijada en el Estatuto que, desde 1930, rigió, durante varios años, esta casa de estudios

Decía así:

“Son funciones y atribuciones de la Academia: En primer término, la coordinación de las disciplinas científicas, culturales y profesionales, comprendidas en los planes de estudio y programas de todas las Facultades e Institutos que forman la Universidad, con objeto de establecer la unidad filosófica de los conocimientos, fragmentados en las especialidades;

“Estudiar cuestiones científicas y culturales concernientes a todos los ramos del saber, con fines sociales no profesionales;

“Realizar investigaciones especialmente encaminadas

(*) La Universidad y la Enseñanza. Imprenta López. Perú 666. Conferencia inaugural de la Cátedra de Semiología y Clínica Pro-pedéutica. Pronunciada en el Aula Magna de la Facultad de Medicina de Buenos Aires el 14 de mayo de 1937.

“a la mejor solución de los problemas que plantea la naturaleza propia del país y su estructura constitucional”.

“Consecuente, pues, con mis propias ideas, sostengo “hoy lo que ya mucho antes me preocupó realizar”.

Se comprende entonces que, además de orientadora, la misión de la universidad, haya de ser, por su energía de aglutinación y por su capacidad de atraer a los mejores, el alma de un país y el “principio promotor de su historia”.

Y fuerza es reconocerlo que la Universidad Argentina, no obstante tales o cuales displicencias, explicables por razones de ambiente, por impulso propio y el fervor de sus hombres eminentes, ha creado la cultura científica que ostenta el país. Y resultaría difícil probar, que fuera de ella hayan existido mejores revelaciones.

Tres etapas de evolución de la alta cultura argentina pueden mencionarse a través de nuestra vida: La reforma del plan de estudios de la Universidad de Córdoba, auspiciada por el ilustre Dean de su histórica catedral; la fundación de la Universidad de Buenos Aires, por Rivadavia en 1821, que tan magníficos rumbos habría de dar, años más tarde, al desarrollo de la vida nacional; y la ley originaria de esta Universidad, cumplida con penetrante visión de futuro, por aquella generación ilustre de ciudadanos de Santa Fe, que tanta influencia han ejercido como gobernantes, dentro y fuera de la órbita social, económica y política de esta gloriosa provincia, y de la Nación entera.

Pero no se crea que, cuanto resulta fácil en el planteo, puede cumplirse con pitagórica euritmia en la realidad.

Situada la Universidad frente al medio, una y otro continúan su proceso vital, se influyen y se interfieren; frente a un medio cambiante no puede concebirse una universidad estática, a no ser que ésta se concrete a ser una simple fábrica de profesionales lo que, ya hemos dicho, la priva de considerarse universidad. La universidad tiene, luego, para llenar su vida, que adaptarse y reaccionar; en tanto sus ta-

reas de enseñanza y de investigación siguen su ritmo propio, ella debe estar alerta ante la realidad y extraerle las incitaciones y los valores de que se forma la cultura; tiene que enfrentar los problemas de la actualidad.

¿No es inconcebible que, mientras surgen en el mundo fenómenos nuevos de ciclo vertiginoso y cambien los conceptos de la economía o de la técnica política, la universidad enmudezca?

Es preciso que la Universidad lleve a su seno, sacándolos del ambiente, a los hombres, titulados o no, que muestran en la vida y en su hora una capacidad especial, para que digan en la cátedra lo nuevo que aportan, fuera del aula, al sentir del momento; no es preciso recurrir al ejemplo del Colegio de Francia, basta cruzar el río de la Plata para encontrar cátedras fuera de todo plan y que duran lo que la vida del hombre que las desempeña o de la necesidad que las erigió.

Nos parece indiscutible e indispensable que la universidad tenga antenas sensibles tendidas en el propio terreno para captar sus vibraciones. Esta Universidad cumple con evidente eficiencia tal orientación.

Pero no le exijamos todo a ella; si es cierto que tiene obligaciones con el medio, no es menos cierto que éste tiene con la universidad deberes aún no cumplidos y que parecen ignorarse.

Para el ver común, la universidad ha sido siempre cosa del estado; nunca un particular adinerado ha pensado en dotar una vocación, en servir un fin docente, en financiar una expedición científica, en estimular una experiencia social; pero se dice en cambio que la universidad no ha dado nada al medio. (*)

Aceptemos tal vez que no ha dado mucho, si no es bastante dar no sólo los técnicos que hacen puentes y represas, caminos y edificios, que curan los enfermos y cumplen descu-

(*) Algunos legados que últimamente ha recibido la Universidad de Buenos Aires, son excepciones felices que confirman la regla.

brimientos, codifican y teorizan, que han propulsado la higiene pública, que han fomentado nuestro arte, que comienzan a ocupar sitio, desde largo vacante, en nuestro periodismo, sino también hombres de neto cuño universitario que han realizado nuestra política, a la que han ido con su plan de dedicación intelectual aprendido en las aulas.

Escojo de un hermoso discurso de mi gran amigo el Dr. Enrique César Urien, este pensamiento relativo a la Universidad Argentina, cuyo texto repito, por caer oportuno al tema:

“...la nuestra ha dado a la República sus más grandes estadistas, sus más eminentes hombres de ciencias y letras, componentes de la aristocracia del mérito personal, al que nuestra vieja e hidalga sociedad ha acogido siempre con respeto, por lo sensible que es, no tanto al nacimiento, cuanto a la fama del saber y la inteligencia”.

Y, yo, como homenaje a esta provincia, creadora de la Universidad cuyo cincuentenario celebramos, deseo recordar, entre tantos otros, las ilustres figuras de Simón Iriondo, de Cullen, de Gálvez, Cafferata, Rivarola, de la Torre, y Zenón Martínez, patriarcal figura que la Universidad en sus distintos ciclos acogió en su seno y que hoy rinde justo homenaje.

Una observación superficial señala risueñamente que entre nosotros hay doctores en todo, que los hay dramaturgos y poetas, legisladores y coleccionistas de cuadros, estancieros y deportistas; pero esa connotación se olvida de señalar que, con ellos, la universidad ha enriquecido cualitativamente al medio, merced a una siembra no menos real por inadvertida o negada.

Si se quiere que la Universidad cumpla su fin en el país, es necesario que él, en su conjunto, se integre con ella

en su labor de construcción de la cultura; que gobernantes y políticos, financistas e industriales, obreros y artistas, sientan su obligación frente a ella, no porque haya de ser origen de privilegio titulado o de honorífico galón, sino, porque su destino de jerarquizar mentalmente a cada argentino consiste, en esencia y último análisis, en inculcarle la noción de su responsabilidad: Crear hombres responsables, mental y moralmente, ha de ser la meta de nuestra Universidad.

Yo he dicho en mi clase inaugural:

“La mayor parte de los males del mundo viene de
“que los hombres pierden el sentido, la conciencia de la
“responsabilidad. Y entonces la voluntad es como un ca-
“ñón libre en el puente de un buque en alta mar; pue-
“de terminar con el buque y con los hombres que lo tri-
“pulan”.

Y esa organización de la responsabilidad no es función que sólo incumba a la universidad.

Va en ella el interés de todos, porque va en ella la categoría de la Nación.

ROQUE A. IZZO

